

EL UNIVERSO ILUSTRADO



5 céntimos

el número en toda España.

5 céntimos

el número en toda España.

SUSCRICIÓN: En España 4 pesetas al año. En el extranjero 8 pesetas.

Las suscripciones sólo se sirven directamente. Los pedidos deben pagarse por anticipado. No se atenderán las cartas que no vengan acompañadas de un sello para su contestación.

4 de Noviembre de 1886

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES

4 de Noviembre de 1886



VIRGINIA.—CONSERVA DE OSTRAS COCIDAS EN NORFOLK.

SUMARIO:

TEXTO.

Las tres hermanas, por D. J. F. Jens.—La pasión del goce, por E. de la C.—Pensamientos, por Dante Alighieri.—Soñando, poesía por D. Manuel Flores.—Explicación de los grabados.—Mesa revuelta.—Conocimientos útiles.—Curiosidades.—Los dos rivales (continuación), novela por Gustavo Aimard.—Pasatiempos.—Anuncios.

GRABADOS:

Virginia. Conserva de ostras cocidas en Norfolk.—Islas Maldivas.—Don Remigio Díaz puesto en libertad.

LAS TRES HERMANAS.

(CUENTO DE ELISABETH EICHLÉR.)

Traducción del Alemán.

Tres hermanas emprendieron un día el viaje por el mundo para examinar los corazones del género humano.

La primera de ellas, apenas llegada á la edad de joven, con la sonrisa dulce de los niños en su lindo rostro, llevaba una corona de rosas en la cabeza, un ramo de las mismas flores en su delgada diestra y su ligero traje estaba también adornado con rosas.

La segunda, una mujer alta, de facciones serias, llevaba en la mano un magnífico lirio blanco.

La tercera era una anciana; rizos blancos rodeaban sus benévolas facciones que reunían la hermosura de la primera y la glorificación de la segunda.

Eran el Amor, la Virtud, y la Bondad.

Su inclinación y sus deseos eran tan distintos como lo eran sus aspectos.

El amor quiso dominar, la virtud mejorar, y la bondad auxiliar.

«Nos separamos,» dijo el Amor á las otras dos. «Cuando nos encontremos reunidas otra vez en un mismo lugar quedará concluida nuestra misión, y entonces podremos remontrarnos otra vez á la región de donde hemos salido.»

Se separaron, pues, las tres.

El viaje del Amor era un triunfo continuo.

En todas partes fué recibido con júbilo, á donde iba fué colmado de homenajes. Se encontró con amor ardiente y puro, amor que seguía al amado con fidelidad inalterada hasta más allá del sepulcro, amor que vencía fuerte y valiente todos los obstáculos; amor encontró por fin en los palacios y en las chozas, amor para cada uno, amor para todos, amor en todas partes.

Y no obstante no se sentía contento, y se quejaba diciendo:

«¡Ah, no he encontrado mi más alta perfección!»

Seguido se encontraba con la virtud y la bondad, pero no siempre sinó raras veces unidas. ¡Cuántas veces hubo al lado del amor el egoísmo en vez de la bondad; cuántas veces faltaba á la virtud el amor y la bondad!

Hubo un día en que el amor llegó á un valle precioso que, cual un edén, se le presentó en la plena luz del sol. Un riachuelo corría por sus ricas praderas y sus márgenes estaban adornadas de infinidad de flores; mariposas volaban de botón en botón; en los arbustos entonaban multitud de pájaros, al Creador, sus más bellas canciones de alabanza y de gratitud, y la atmósfera exhalaba exquisitos aromas.

El Amor se deslizaba risueño por ese pequeño paraíso y dijo: «Oh, si este valle fuese mío, fundaría en él mi reino, quisiera vivir aquí para siempre,» y arrojaba rosas á las olas de plata del riachuelo. En esto divisó seres humanos en esta soledad. Debajo de un tilo que extendía sus ramas verdes sobre el agua, estaba de rodillas una joven esbelta que escondía el rostro entre las manos: no se pudo distinguir si por exceso de dicha ó por profundo dolor.

El amor se acercó y sentía que él mismo era el que conmovía á la joven. En la orilla opuesta se paseaban enlazados de brazos un hombre hermoso y una joven risueña, platicando alegremente. Su risa llegaba á la margen opuesta, mien-

tras que la joven arrodillada lanzaba dolorosos gemidos; pero luego se levantó con la mirada serena.

Una bondad celestial hermoseó sus pálidas facciones, y abriendo los brazos dijo en voz baja:

«Adiós, amado mío, sé dichoso y ella contigo; si mi amor no pudo hacerte feliz, que lo haga á lo menos mi resignación. ¡No te imaginaste cuando por mí misma conociste á la joven que es hoy la amada de tu corazón, cuántas lágrimas amargas y cuántas noches de desvelo me ha costado mi desencanto! ¡Adiós, olvídate y que á mí me auxilie Dios!»

El Amor oyó todo eso, besó la pálida frente de la joven y al momento se le juntaron la Virtud y la Bondad y dijeron en voz baja: «Bendita seas, linda criatura, te has vencido á tí misma y esto es de todo lo más sublime.»

Y la joven, sintiendo la proximidad de esos seres divinos, miró al cielo, viendo como risueños y llenos de goce, pero á la vez con lágrimas en los ojos, se perdían en el azul del firmamento.

J. F. JENS.

De la notable revista *El Guía de la Salud* (1), que con tan unánime aplauso publica en esta ciudad el laureado doctor dosímetra señor Fernández Ballesteros, copiamos la siguiente relación, que se presta á tristísimos comentarios:

LA PASIÓN DEL GOCE.

Si lo que vamos á referir no lo hubiésemos oído de los autorizados labios de una de nuestras eminencias médicas, á quien ocurrió el caso, creeríamos que eran exageraciones de pesimistas que creen en la existencia de fieras de dos pies.

Desgraciadamente, el hecho es cierto, y da una idea del extravío á que puede conducir á una madre el afán de exhibirse en sociedad y de gozar las dulzuras de la vanidad satisfecha.

La condesa de... (callamos su nombre para librarlo de la execración de las madres) tiene un niño gravemente enfermo.

El médico le visita dos ó tres veces al día, y teme un funesto desenlace.

La difteria hace rápidos progresos en el enfermito.

Sin embargo de tal estado, la condesa se prepara para ir á un baile, en el que debe lucir un nuevo traje y un nuevo aderezo de brillantes y turquesas.

El conde pasa en el casino ó en casa de su amiga todo el día y casi toda la noche, y apenas se ha enterado de que tiene un hijo moribundo.

La condesa acaba de vestirse.

Está espléndidamente hermosa.

¡Cuántas envidias va á causar con tan elegante y rico prendido!

Acaso él se desviará de su rival la marquesita de Z... al verla tan divina.

Sólo espera al conde para marchar juntos á la *soirée*, á que están invitados.

Son los únicos actos á que asisten oficialmente juntos.

Poco antes de partir, y ya con el abrigo forrado de armiño y raso sobre los escotados hombros, la avisan que el médico acaba de llegar.

Corre á su encuentro.

El doctor está ya á la cabecera del enfermito y le pulsa.

Un gesto de sorpresa y de disgusto conmueve la grave fisonomía del doctor.

—¿Qué es eso, amigo mío, exclama la condesa, mi hijo está peor?

—No señora..... su hijo de V. ya no sufre.

—¿Cómo!

—Hay un ángel más en el cielo.

—¿Ha muerto?

—Sí, señora.

(1) Recomendamos muy de veras á nuestros lectores esta Revista, de la que pueden procurarse números de muestra en el consultorio del Dr. D. J. Fernández Ballesteros, Pasaje de Colón n.º 2, 2.º, de esta ciudad.

En aquel momento, el ayuda de cámara del conde entra anunciando que el señor espera á la señora abajo, en el coche.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclama la condesa: si subiera en estos momentos.....

—Yo le prepararé, contesta el médico haciendo ademán de salir al encuentro del conde.

—¡No, por Dios, doctor!

—¡Cómo, pues!

—No le diga V. nada hasta que volvamos del baile.....

El Doctor mira á aquella mujer con desprecio y sale, pero para no volver más á aquella jaula de fieras.

E. DE LA C.

PENSAMIENTOS.

«Al que más conoce el valor del tiempo le es más desagradable perderlo.»

«Los primeros pasos en el camino de la virtud son áridos y fatigosos, pero los siguientes son fáciles y placenteros; no debiendo el hombre detenerse hasta llegar al término de la perfección.»

«Sé firme como una roca cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos. El hombre en quien bulle pensamiento sobre pensamiento, siempre aleja de sí el fin que se propone, porque el uno debilita la actividad del otro.»

«El color de la vergüenza hace algunas veces al hombre digno de perdón.»

«La risa es un resplandor causado por el deleite del alma; una luz que aparece por fuera según está adentro.»

«El hombre debe hacerse ilustre, á fin de que su primera vida sobre la tierra deje otra segunda.»

«No se alcanza la fama reclinado en blanda pluma, ni al abrigo de colchas; y el que sin gloria consume su vida, no deja en pos de sí más vestigio que el humo en el aire y la espuma en el agua.»

«Se suponen tres ojos á la prudencia: con uno mira á lo pasado para sacar un recuerdo provechoso; con el otro á lo presente para no equivocarse al tomar una determinación, y con el otro á lo porvenir para evitar á tiempo el mal y prepararse al bien.»

«Muchas veces por huir de un peligro, se hace con repugnancia aquello que no debería hacerse.»

«Cuando la confesión del pecado sale de la propia boca del pecador, la rueda se vuelve contra el filo de la espada.»

«¿Qué haremos con el que nos quiere mal si condenamos al que nos ama?»

«No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria.»

«En la Iglesia con los Santos, en la taberna con los borrachos.

«Las peticiones justas deben satisfacerse en silencio.»

DANTE ALIGHIERI.

SOÑANDO.

Anoche te soñaba, vida mía.
Estaba solo y triste en mi aposento,
escribía... no sé qué; mas era algo
de ternura, de amor, de sentimiento,
porque pensaba en tí. Quizá buscaba
la palabra más fiel para decirte
la infinita pasión con que te amaba.

De pronto, silenciosa,
una figura blanca y vaporosa
á mi lado llegó... Sentí en mi cuello
posarse dulcemente
un brazo cariñoso, y por mi frente
resbalar una trenza de cabello.

Sentí sobre mis labios
el puro soplo de un aliento blando,
alcé mis ojos y encontré los tuyos
que me estaban, dulcísimos, mirando.
Pero estaban tan cerca, que sentía
un yo no sé qué plácido desmayo,
que en la luz inefable de su rayo
entraba toda tu alma hasta la mía.

Después, largo, suave
y rumoroso apenas, en mi frente
un beso melancólico imprimiste
y con dulce sonrisa de tristeza
resbalando tu mano en mi cabeza
en voz baja, muy baja, me dijiste:
«Me escribes y estás triste
porque me crees ausente, pobre amigo;
pero ¿no sabes ya que eternamente
aunque lejos esté, vivo contigo?»

Y al despertar de tan hermoso sueño
sentí en mi corazón plácida calma;
y me dije: es verdad... ¡eternamente!...
¿Cómo puede jamás estar ausente
la que vive inmortal dentro del alma?

MANUEL FLORES.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

VIRGINIA.—CONSERVAS DE OSTRAS COCIDAS EN NORFOLK.

Es por todo extremo digna de atención la industria y el comercio de las ostras que mantiene empleada á la mayor parte de la gente de color de Norfolk. Colocados en carros las ostras por medio de rails son llevadas hasta el muelle. Desde allí son llevadas en vagones hasta el horno, donde se cuecen. Vaciadas después en un gran cesto de hierro, las muchachas mulatas colocadas á su alrededor las abren con maravillosa rapidez, echando al suelo la concha y la parte carnosa se coloca en latas que se cierran después herméticamente, llenándolas de un licor á propósito, siendo después exportadas á todas partes.

Produce bonito golpe de vista el conjunto de colores abigarrados que lucen en sus trajes las trabajadoras, y alegran el oído los especiales cantos de que acompañan su trabajo.

LAS ISLAS MALDIVAS.

Es curiosísima la relación del viaje emprendido á las Islas Maldivas por el súbdito británico C. W. Rosset, quien fué llevado allí desde Colombo, en un transporte inglés. Pocos son los europeos que han visitado dichas islas, dependientes de Ceylán antes de que se apoderaran de esta isla los ingleses, y hoy gobernadas por un sultán que reside en la isla de Malé.

Varias de las islas de este archipiélago están formadas por un conjunto de arrecifes unidos en forma circular, y que tienen en su centro un grande espacio de agua hasta donde pueden llegar los buques, encontrando seguro fondeadero. Muchos de estos anillos de arrecifes no tienen salida al mar, y por lo mismo el agua de su interior se corrompe, originando estas perniciosas calenturas que hacen tan peligrosa la estancia de los europeos en las Maldivas. Muchas de estas islas están inhabitadas, y otras lo son tan sólo periódicamente.

Son notables las noticias que nos ha transmitido Rosset de su excursión, de la que obtuvo gran resultado merced á la protección de Abraham Dreedes, para quien llevaba varias cartas de recomendación.

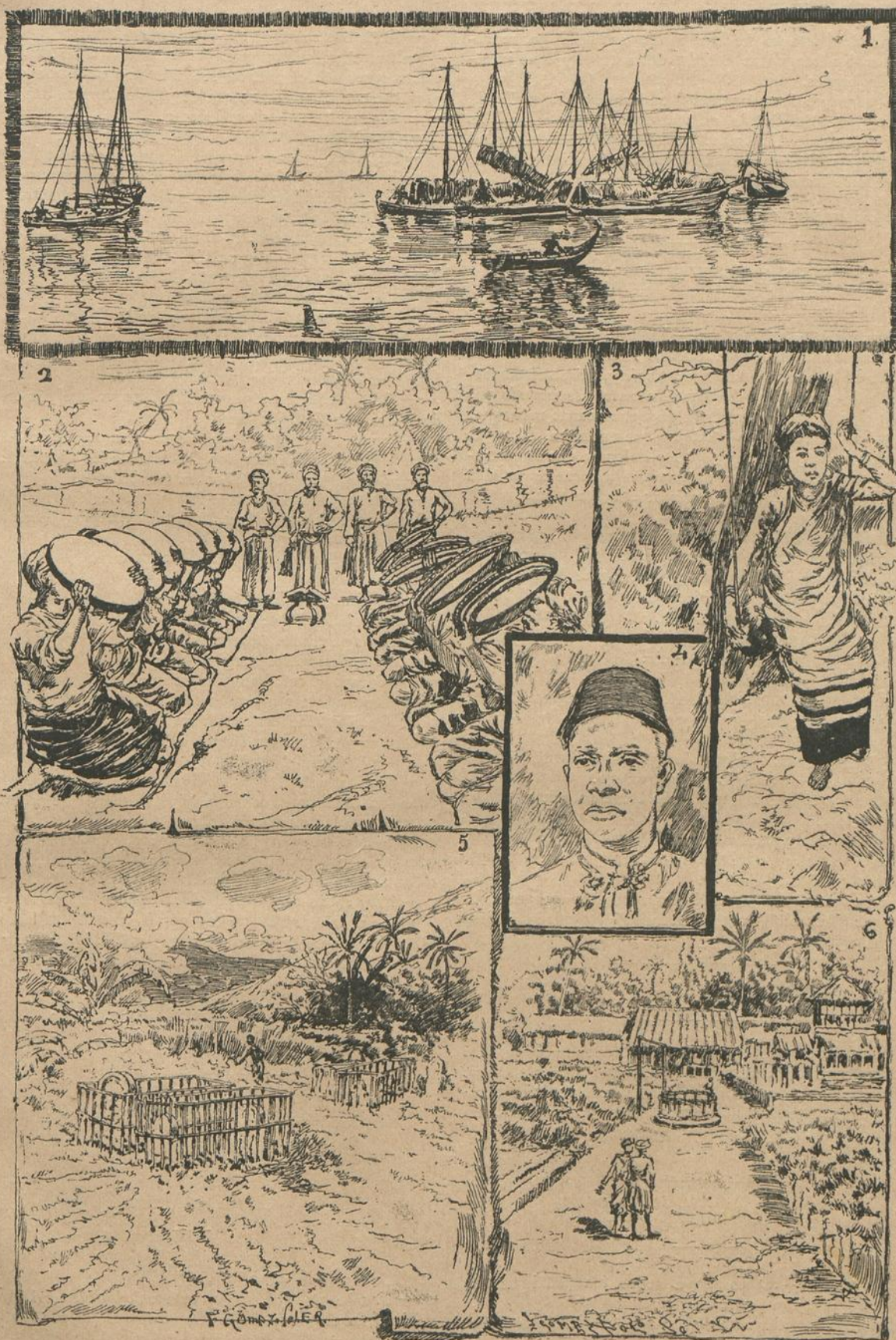
Según parece, en las Maldivas subsiste todavía en todo su rigor el régimen de castas de la antigua India, con lo que se establece una diferencia tan grande entre los hombres, que ni la muerte misma las borra. Los portugueses en el siglo XVII se habían establecido en este archipiélago, y todavía

ISLAS MALDIVAS.



1. Músicos del sultán.—2. Niña de casta inferior moliendo arroz.—3. Manifulloo, primo del sultán.—4. Juegos en presencia del sultán.—5. Vestibulo de la casa de Manifulloo y criados de éste.—6. Tornero.

ISLAS MALDIVAS.



1. Buques de cabotaje maldivos en la bahía de Malé.—2. Bailarines.—3. Muchacha columpiándose.—4. Joven de casta superior.—5. Cementerio de Malé.—6. Palacio de Abrahim Deedee, primer ministro.

en la isla de Malé existen las ruínas de un fuerte construido por aquellos esforzados colonizadores.

Uno de los pasatiempos más usuales entre las muchachas es el columpio. Nuestros lectores pueden ver algunos tipos y costumbres del hasta ahora desconocido archipiélago, reproducidos, de las fotografías sacadas del natural por el intrépido viajero inglés.

Mucho será que las consecuencias de este viaje realizado en un transporte del Estado, no sean la anexión de las Islas Maldivas al Imperio Británico. No nos extrañan en verdad los entorpecimientos que opuso el sultán á mister Rosset, sospechando de los ulteriores móviles del viajero inglés.

DON REMIGIO DÍAZ PUESTO EN LIBERTAD. (De la novela.)

MESA REVUELTA.

GANADO VACUNO DESCORNADO.—Lo que no inventan los yankees no lo inventa nadie. Un Mr. Haaff, miembro nada menos que de la *Chicago Humane Society*, propone descornar á todos los individuos de la raza vacuna, asegurando que mejora la especie, su desarrollo es mayor, su carne más sana, sabrosa y fina, y mil otras ventajas que enumera. Dice que la operación es muy sencilla y menos dolorosa que la castración. La operación de descornar novillos y terneras es más sencilla aún, pues se reduce á extirpar el botón ó raíz.

Los americanos han inventado el lenguaje del paraguas. Un paraguas abierto sobre la cabeza de una mujer, de tal modo que ella esté á cubierto del aguacero y el hombre que le lleva se vaya mojando, significa:

—La amo, sí; pero aún no es mía.

Cuando el hombre va bien resguardado por el paraguas y la mujer se moja, aquello quiere decir:

—¡No es más que mi mujer!

Llevar un paraguas de algodón en vez de un paraguas de seda, significa:

—¡Me lo han cambiado!

Llevar el paraguas horizontalmente bajo el brazo, indica que la persona que va detrás perderá un ojo.

Prestar un paraguas es como decir á voz en grito:

—¡Estoy loco!

Llevarlo abierto precisamente á la altura de los hombros y tirarles el sombrero, equivale á declarar que la persona que lleva el paraguas es una mujer.

Colocar el paraguas mezclado con otros en un antesala, anuncia que esta prenda favorita de Luis Felipe y de M. Thiers cambiará de propietario.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

El mejor barniz para embarnizar los muebles de madera se hace disolviendo en un cuartillo de agua media onza de soda común, media de tierra de Cassel y una onza de bicromato de potasa. Después de hervir esta mezcla por diez minutos, se deja enfriar y se aplica á los muebles con una brocha fina.

CURIOSIDADES.

LAS ESTRELLAS.—¿Están las estrellas tan próximas, las unas de las otras, como parece?

—Al contrario, todas se hallan entre sí á distancias inconmensurables.

—¿Cómo podemos formarnos alguna idea de esa distancia?

—Por la velocidad de la luz y por la duración del movimiento.

—¿Cómo por la velocidad de la luz?

—De este modo. La luz anda 77,000 leguas por segundo,

es decir, 6,542.800,000 en un día. Y la luz de la estrella más próxima llega á nosotros en 3 años, 7 meses y 14 días. De estos datos resulta que la distancia de esa estrella es 862,889.800,000 leguas.

—¿Podemos concebir esa distancia?

—Nunca podremos tener de ella sinó un concepto abstracto, pues sólo el número redondo 800,000.000,000, representa una distancia en que se pierde nuestra imaginación y se abisma nuestro entendimiento.

—¿Puede decirse más?

—Sí: reflexionemos que esta distancia se ha calculado en un solo sentido; si sobre la misma línea tomamos una distancia igual en sentido contrario, tendremos el diámetro del espacio esférico en cuyo centro esta colocada una sola estrella que es el sol; este diámetro es de 1.600,000.000,000 de leguas. Y este vacío de grandeza sublime, ocupado por una sola estrella, es el más pequeño de los cielos.

—¿Qué podemos deducir de eso?

—Que hay tantos cielos como estrellas; que cada estrella nueva que se descubre es el centro de un cielo tan grande como el que contemplamos; y que la inmensidad que ocupan los cielos es inconcebible para el hombre.

—¿De qué otra manera podemos formarnos algún concepto de la grandeza de los cielos?

—Por el movimiento de los astros. La rapidez y la duración de esos movimientos nos dan idea de las distancias.

—¿Todas las estrellas están en movimiento?

—El movimiento de rotación y traslación es ley general del universo y la obedecen todos los cuerpos, desde el Sol hasta el átomo.

—Explicadme la inmensidad de los cielos por esos movimientos.

—Explico. La tierra se está moviendo al derredor del sol con más velocidad que una bala de cañón: y con esa terrible rapidez emplea un año en dar una vuelta. La circunferencia descrita es maravillosa en sí misma; pero nula comparada con un meridiano celeste. Su diámetro de 140.000,000 de leguas es un punto comparado con la distancia de una estrella.

—Si las estrellas se trasladan, sin descanso, en el espacio ¿cómo después de miles de años aparecen á las mismas distancias y en tranquila quietud?

—Eso demuestra que las distancias que nos separan de ellas son infinitas. Cuanto más distante está de nosotros un cuerpo, más tiempo necesitamos para notar su movimiento aunque sea muy rápido; y si no bastan miles de años para percibir el movimiento de los astros superiores, es que en todos sentidos nos separa de ellos la inmensidad.

—¿Hay algún otro indicio de la inmensidad de los cielos?

—Sí: el sol, desde que fué creado se está trasladando en el espacio y anda 173,000 leguas por día: ¿qué distancia habrá recorrido en los miles y aún millones de años que tiene de existencia?

—¿En esos cielos infinitos está Dios?

—En ellos está Nuestro Padre, siendo El infinitamente más grande que los cielos.

LOS DOS RIVALES. (1)

(EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA DE 1860)

POR

GUSTAVO AIMARD.

(CONTINUACIÓN.)

—V. sabe, tío, que la mayor parte de los bienes de mi padre radican en el territorio de Colima y en el Estado de Sonora; después de maduro examen, vea V. lo que mi padre le propone: que no se embarque V. en el litoral del Atlántico, porque no le saldría bien el proyecto; le vigilan demasiados ojos.

(1) Empieza en el núm. 1.

—Lo sé; mas ¿cómo arriesgarse á atravesar el territorio de la República; exponerse con niñas endebles é indefensas por caminos infestados de bandidos?

—Sin embargo, tío, es la única esperanza de salvación que le queda. Además, no corre V. peligro, si bien grave, sino en el trayecto de Medellín á Méjico, ó sean unas setenta leguas que puede andarse en diez días á lo más. En Méjico encontrará V. una veintena de peones adictos á mi padre, que le escoltarán hasta Hermosillo, y de allí á Guaymas, donde aguarda un buque francés fletado al efecto y dispuesto á recibirle: toda la fortuna de mi padre y las sumas que V. le ha remesado, están ya en seguridad á bordo de ese buque.

—Pero calcula, sobrino, que ese trayecto de setenta leguas que nosotros, hombres, recorreríamos con dificultades extremas, se hace imposible para dos tiernas niñas.

—Piense V., querido tío, en que aquí se trata no sólo de salvarse V., sino también sus hijas; en que cada hora que V. pierde le acerca probablemente á una catástrofe terrible. Mi padre y yo hemos adoptado ese partido, el único conveniente en las actuales circunstancias, y lo hemos adoptado después de serias reflexiones: es de suponer que V., para el caso probable de una fuga, habrá hecho algunos preparativos.

—Sí, tengo mulas, caballos, armas; además he reunido una docena de hombres en quienes creo poder contar y que no aguardan más que una palabra mía.

—¡Bien! yo por mi parte he tomado ciertas precauciones, y además tengo un guía seguro, un francés que por espacio de veinte años recorre la América en todas direcciones y que se empeña en llevarnos por caminos que sólo él conoce.

—¡Setenta leguas! murmuró don Gutierre.

—Méditelo V., tío; yo aguardaré su órdenes para obrar; solamente le ruego que no tarde en decidirse, por amor de sus encantadoras hijas. ¿Se sabe que reside V. aquí?

—Degollado, á quien he tenido ocasión de prestar alguna vez buenos servicios, me aconsejó que me retirase á Medellín, prometiéndome que me avisaría tan luego como me amenazara algún peligro.

—¡Degollado! dijo el joven moviendo á uno y otro lado la cabeza. ¡Degollado, el ángel malo de Juárez!

—Verdad es; pero creo poder fiar en su palabra.

—¡Quiera Dios que no se engañe V., tío!

A tal punto llamaron á la puerta.

—¿Quién hay? preguntó don Gutierre.

—Una visita, señoría, respondió un peón.

—¿Una visita? repitió don Gutierre con inquietud; sobriño, silencio sobre cuanto hemos hablado; quiero que hasta el momento preciso ignoren mis hijas lo que pasa; pronto tendrás mi respuesta: vete al jardín en tanto que yo voy á recibir á esa visita y me desentendiendo de ella cuanto antes.

CAPÍTULO IV.

DON REMIGIO DIAZ.

Tan luego como don Miguel salió del gabinete, don Gutierre dió al peón la orden de introducir al visitante, que no se hizo esperar, y al encuentro de quien dió aquel algunos pasos.

—¿A quién tengo el honor de hablar? preguntó don Gutierre después de cambiar con el recién llegado un saludo ceremonioso.

—Soy capitán de caballería del ejército del excelentísimo señor don Benito Juárez, presidente de la República, y me llamo don Remigio Díaz, respondió el desconocido.

—Celebro, señor don Remigio, la ocasión de recibirle en mi pobre morada, añadió con cierta emoción don Gutierre; aquí tiene V. cigarros, cigarrillos y refrescos; hágame V. el favor de sentarse en esta butaca, y permítame que le trate como amigo de confianza.

—Me colma V. de bondades, señor don Gutierre, dijo con galantería el joven, sentándose y encendiendo un cigarro.

Reinó un silencio harto prolongado; el español aguardaba que el forastero tuviese á bien exponer el objeto de su visita; este probablemente esperaba ser interrogado; mas al fin viendo que don Gutierre no se disponía á semejante cosa, resolvió tomar la palabra.

—Ante todo, caballero, dijo, quépale á V. la seguridad de que mi visita no debe inspirarle el menor recelo.

—Ninguno me inspira, caballero, respondió don Gutierre: á Dios gracias nada tengo que temer; soy hombre pacífico, extranjero, no me ocupo en política. S. E. el Presidente no tiene pues motivo alguno para sospechar de mí.

—Muy cierto es lo que dice, señor; pero desgraciadamente todos tenemos enemigos en este mundo, y la persona más inocente suele hallarse expuesta á delaciones tanto más terribles en cuanto son anónimas.

—¿Sería yo acaso víctima de una delación de tal género? preguntó don Gutierre con estremecimiento íntimo.

—No digo eso, repuso apaciblemente el capitán; mas los hombres colocados á la cabeza de un gobierno no pueden verlo y hacerlo todo por sí propios; y á veces acontece que se sorprende su buena fe, y personas honradísimas sin dejar de ser inocentes, se encuentran complicadas en asuntos de mal género.

—¿Me encuentro quizá sin saberlo complicado en uno de esos asuntos?

—¿Lo he dicho? repuso el capitán con imperturbabilidad. ¡Ay, caballero, bien sabe V. que vivimos en tiempos difíciles! el grande hombre que se ha puesto á la cabeza del movimiento, se ha impuesto el trabajo de regenerar nuestra hermosa patria, que los traidores quieren llevar á su ruína; por consiguiente se ve forzado á veces, en defensa propia, á descargar el rigor sobre personas que por sus tendencias y posición, por más que sean de carácter honradísimo, intentan minar sordamente su obra.

—¿Soy yo uno de esos hombres? exclamó don Gutierre más ansioso cada vez.

—No creo haberle dejado entrever tal cosa, caballero, respondió el capitán, tan impasible como antes; mas los enemigos de la República son numerosos; entre ellos, los extranjeros y mayormente los europeos, son más de temer. El gobierno español echa de menos aun sus magníficas colonias americanas, que el rigor y el descuido le hicieran perder; no puede conformarse á renunciar definitivamente á ellas. Así es que mantiene numerosos agentes, espías astutos encargados de tenerle al corriente de los hechos que aquí ocurren, dispuesto á asirse de la primera ocasión para recuperar esta presa que anhela. Esos agentes, esos espías deben ser por una ineludible obligación del gobierno vigilados con cuidado y á todas horas.

—¿Pretende V. quizás, profirió don Gutierre, encendido de noble indignación, insinuar que soy yo uno de esos miserables de que V. habla?

—Nada pretendo, señor, respondió con mayor frialdad Díaz, pero...

—Dispense V., interrumpió vivamente don Gutierre: permítame, señor capitán, que le haga observar que hace casi media hora que hablamos y todavía no me ha dejado entrever el objeto real de su visita.

—¿No se lo he dicho á V., caballero? preguntó el capitán con extrañeza magistralmente fingida.

—Es la única cosa, señor, de que se ha olvidado V., respondió sin ambages el español.

—¡Vaya! ¡qué caso más singular! repuso el capitán; me habré dejado llevar por ciertas consideraciones que....

—Es probable, interrumpió don Gutierre; pero V. perdóne, cuanto más le miro, más se me figura conocerle. ¿Me ha dicho V. que se llamaba don Remigio Díaz?

—Así, en efecto, me llamo.

—¡Ah, ya, ya, ya! ahora le recuerdo por completo. V. es el hijo de don Esteban Díaz, sastre; aquel muchacho gracioso á quien tan á menudo veía yo en su tienda de la calle del Muelle y al cual tantas pesetitas di.

—En efecto, señor, soy yo, respondió el joven inclinándose con cortesía.

—¡Cuánto me alegro! pero permítame que le dirija una pregunta. Si no me engaño se había V. asociado al negocio de su padre el digno don Esteban; ¿su salud sigue buena?

—Cabal y perfecta, caballero; gracias: efectivamente me había asociado con mi padre.

—¿Entonces por qué casualidad le encuentro hoy militar y aún capitán, que no deja de ser un buen grado?
 —Sí, muy bueno; mas no quedará ahí.
 —Así lo espero en bien de V.
 —Es V. muy amable. La manera cómo he entrado en el ejército es muy sencilla, señor; V. juzgará: ya sabe que nuestra casa trabaja especialmente para los militares.
 —Lo recuerdo, efectivamente.

(Se continuará.)

SOLUCIONES DEL N.º 4.

CHARADA: Colobodo.

LOGOGRIFO: Barcelona.

ACRÓSTICO DOBLE: Madre.—Adela.

ESTRELLA: Córdoba, Cardona, Cardela, Cardina.

LOSANGE.

Sustituir los puntos con letras, y leídas vertical y horizontalmente hallar: 1.ª una consonante; 2.ª una prenda militar; 3.ª una planta; 4.ª un nombre de mujer; 5.ª cántico; 6.ª porción de alguna cosa atada; 7.ª vocal.

J. M.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.

- 1 2 3 4 5 6—Seudónimo célebre.
 6 5 3 2 4—Escándalo.
 1 4 5 6—Alumbra.
 5 6 4—Villa española.
 1 4—Nota.
 1—Consonante.

P. PETE.



DON REMIGIO DÍAZ PUESTO EN LIBERTAD.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

Conozco á cierto sugeto
 que es *todo* como ninguno
 y *prima-dos* á cualquiera
 en menos de dos minutos.
 Sueña con la *una-dos-una*
 cifrando en ella el bien sumo,
 y «*prima-segunda-cuarta*»
 va diciendo á todo el mundo.
 No obstante, á *quinta-segunda*,
 que le consta vale mucho
 y en la *tres-cuatro* la tiene
 y la ve muy á menudo,
 ni una *prima-quinta-prima*
 le hace en *una-dos* ni en público,
 demostrando de esta suerte,
 este *todo* sin segundo,
 que se puede ser muy *todo*
 sin dejar de ser muy tuno.

C. C.

FUGA DE CONSONANTES.

u.e. u.ió i u.e:
 i.a.e., .o.o .o .e...u.e!
 A.a.á.o..e e. u. ia
 i.e.o. . .e.a.u...e.

Recomendamos á nuestros lectores la importantísima publicación semanal

LA ILUSTRACIÓN

REVISTA HISPANO-AMERICANA

16 grandes páginas papel superior

25 céntimos número en toda España, ó mandando 13 pesetas por un año (52 números) al editor Luís Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23, Barcelona.

Barcelona: Imprenta de Luís Tasso Serra, Arco del Teatro, 21 y 23.
 Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.